

BREVE HISTORIA DE UN LARGO VIAJE.  
DE LA LIBRERÍA DE UN HUMANISTA A LA BIBLIOTECA DEL REY:  
CUATRO IMPRESOS GRIEGOS DEL XVI EN LA REAL BIBLIOTECA

*A short story of a long journey. From a humanist's book collection to the King's library:  
Four 16th Greek prints in the Royal Library*

Pablo Andrés Escapa  
Patrimonio Nacional. Real Biblioteca de Palacio  
[pablo.andres@patrimonionacional.es](mailto:pablo.andres@patrimonionacional.es)

**Cómo citar este artículo / Citation:** Andrés Escapa, P. (2023). «Breve historia de un largo viaje. De la librería de un humanista a la biblioteca del rey: cuatro impresos griegos del XVI en la Real Biblioteca». *Avisos. Noticias de la Real Biblioteca*, 29 (101), pp. 3-24. Disponible en: <https://avisos.realbiblioteca.es>

**Resumen:** A partir de diversas pruebas materiales ofrecidas por cuatro impresos griegos del siglo XVI conservados en la Real Biblioteca, se reconstruye la peripecia de su llegada a la colección real en 1739. La historia particular de estos ejemplares incluye su rastreo por inventarios de libros desde el siglo XVI al XIX y refiere cuestiones vinculadas a su encuadernación. La información cruzada permite remontar su procedencia hasta las librerías particulares del cardenal Francisco de Mendoza y Bobadilla y del arzobispo García de Loaysa Girón, dos eminentes coleccionistas de textos griegos en la España del siglo XVI.

**Palabras clave:** Encuadernación «alla vignetta», coleccionismo de libros en el siglo XVI, incunables griegos, Francisco de Mendoza y Bobadilla, García de Loaysa Girón, Convento de San Vicente Ferrer (Plasencia), Real Biblioteca (Madrid).

**Abstract:** Based on material evidence offered by four Greek books printed in 16th Century now preserved in the Royal Library (Madrid), the story of their journey to reach the royal collection in 1739 is related in this paper. Examination of book inventories from 16th to 19th Centuries as well as issues related to the binding styles of these four prints, have shed light on their provenance. The names of cardinal Francisco de Mendoza y Bobadilla and archbishop García de Loaysa Girón, two distinguished collectors of Greek books in 16th Century Spain, can be alleged as former owners of this valuable quartet.

**Keywords:** «Alla vignetta» binding, book collecting in 16th Century, Greek incunabula, Francisco de Mendoza y Bobadilla, García de Loaysa Girón, Convento de San Vicente Ferrer (Plasencia), Royal Library (Madrid).

Entre las ediciones aldinas conservadas en la Real Biblioteca existe un valioso ejemplar de los comentarios de Ammonio de Alejandría (c. 440 - c. 520 d. C.) al *Peri hermeneias* o *De interpretatione* de Aristóteles publicado en Venecia el año de 1503 (VIII/3319; cb: [1148306](#)). La obra objeto de comentario es el segundo texto del *Organon* aristotélico, una aproximación esencial en la tradición filosófica de Occidente al problema de las relaciones entre el lenguaje y la lógica. Pero no es el contenido del comentario ni la obra comentada lo que justifica esta página sino cuestiones específicas del ejemplar aldino vinculadas tanto a su encuadernación como a su procedencia. A la misma pesquisa se acogen otros tres impresos griegos de la Real Biblioteca que comparten una peripecia muy cercana a la del Ammonio publicado por Aldo Manuzio hasta llegar a esta sede. Uno de ellos es un ejemplar de la *Bibliotheca historica* de Diodoro Sículo (Ginebra: Henri Estienne, 1559; RB XIX/4582: cb [116928](#)), otro una selección de las *Historiae Romanae* de Dióncasio (París: Robert Estienne, 1548; RB VII/943: cb [87510](#)), y el tercero es un incunable correspondiente a otra edición de Aldo: *Psaltérion* (Venecia: entre 1496-1498; RB I/157: cb [84029](#)). De todos ellos, el más estimable por su encuadernación es el comentario de Ammonio a Aristóteles; también es el que exige mayor empeño a la hora de rastrear su procedencia. (Ilustración 1).

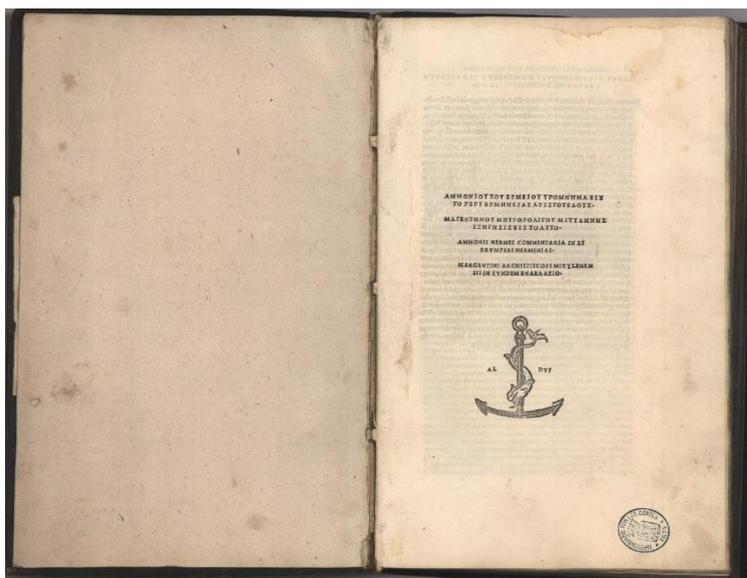


Ilustración 1: RB VIII/3319. Portada del *Peri hermeneias* de Ammonio.

### *Una encuadernación singular: el «Segundo Maestro alla vignetta»*

Empecemos por el aspecto exterior del Aldo aristotélico y hagámoslo declarando directamente su origen: el estilo de la encuadernación de estos comentarios ilustra una tendencia practicada en Bolonia en la primera mitad del Quinientos. Se trata de una manera de encuadernar que, con leves variantes formales, reserva el centro de los planos a la inserción del título o de un motivo ornamental en hierros dorados. El resto de la cubierta se adorna con orlas en seco de diversa inspiración figurativa.

Gracias a los trabajos, entre otros, de [Hobson y Quaquarelli \(1998\)](#) y de [Federico Macchi](#), podemos adscribir la encuadernación de este *Peri hermeneias* aldino al entorno de los

llamados «Maestros alla vignetta» (cfr. [Avisos 75, 2015](#)). Dentro de un grado de uniformidad que no siempre hace sencilla la diferenciación, han podido distinguirse al menos dos encuadernadores boloñeses «alla vignetta». El primero (ca. 1525-1545) proveía libros fundamentalmente a compradores italianos. Por lo general, este encuadernador reservaba el centro del plano anterior para inscribir, utilizando hierros dorados, el título inserto en un marco de inspiración vegetal con forma de losange. Al plano posterior suele confiarle, también inscritos en un cartucho con motivos vegetales, tanto el emblema de un Cupido como el de la Fortuna con su vela. Este último icono, con variantes que pueden incorporar un delfín sobre el que cabalga la diosa o un fondo de estrellas, es recurrente también en otras ciudades del norte de Italia como Venecia, Padua y Milán. (Ilustración 2).

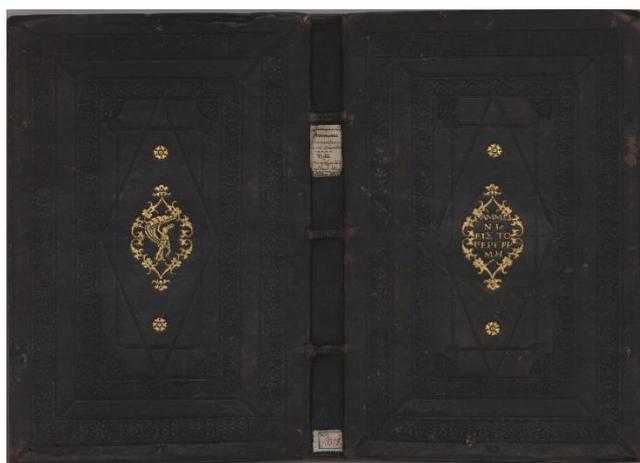


Ilustración 2: RB VIII/3319. Encuadernación «alla vignetta» del *Peri hermeneias* de Ammonio.

El «Segundo Maestro alla vignetta» (ca. 1526-1529) operaba a una escala menor. Hasta la fecha solo se han identificado seis encuadernaciones suyas. Alguna, como la que viste la edición florentina de la *Ulyssea. Batrachomyomachia. Hymni XXXII* (Filippo Iunta, 1519), conservada en la Biblioteca Universitaria de Bologna (sign. Raro A. 56), ofrece los mismos hierros para el losange vegetal de los planos que muestra el ejemplar de Ammno de la Real Biblioteca (Ilustración 3-4). Fiel al acostumbrado esquema iconográfico que combina elementos dorados en el centro de las cubiertas, enmarcados en una serie de orlas en seco, este ejemplar recurre en su figuración a una lira con volutas rematadas en hojas para componer la orla externa de los planos. La interna, más estrecha, reproduce hojas multilobuladas de roble. Inscritos en sendos rombos lisos que hacen intersección con rectángulos, el título y el emblema de la Fortuna aparecen acompañados de dos rosetas bilobuladas en hierros dorados.



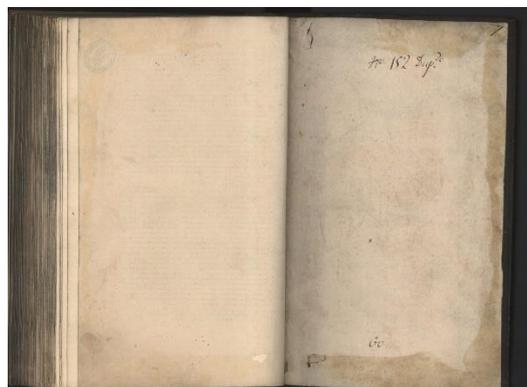
Ilustración 3: Biblioteca Universitaria di Bologna (Raro A. 56). Detalle de la orla vegetal de la encuadernación. Imagen procedente de <http://legacy.bibliotecamai.org/LegatureStoriche/default.asp>



*Ilustración 4: RB VIII/3319. Detalle de la orla vegetal del Peri hermeneias de Ammonio.*

En el ejemplar de la Real Biblioteca se aprecian también unas marcas de perforación sobre las tapas que son testimonio de los puntos precisos en los que en su día se insertaron tiras de seda para asegurar con un nudo el cierre del libro. Por los restos de tela que aún pueden apreciarse, estos comentarios de Ammonio se anudaron en seda azul verdosa, a juego con la tintura de los cortes.

Ningún rastro explícito nos permite documentar la procedencia de este ejemplar ni asociarlo a una librería determinada o a un poseedor concreto. Tan solo una anotación de mano del siglo XVIII en la cara interna del plano posterior deja memoria de un antiguo número de orden y de su condición de libro duplicado en alguna colección bibliográfica: «nº 152 Dup.<sup>do</sup>». En la parte inferior, otra cifra, «60». Eso es todo. (Ilustración 5).



*Ilustración 5: RB VIII/3319. Anotaciones en hoja empastada al plano posterior del Peri hermeneias de Ammonio.*

### *El cardenal Francisco de Mendoza y Bobadilla (1508-1566)*

La carencia de datos más elocuentes invita a discurrir. Y lo que reclama un libro como este, a la hora de buscarle dueño, es un perfil muy específico. La naturaleza especializada del texto, empezando por su lengua de redacción en griego y siguiendo por su vínculo con la filosofía aristotélica, unida al hecho de una inequívoca procedencia italiana del ejemplar, tanto por la sede editorial como por el estilo de la encuadernación, son ya circunstancias que permiten postular ciertas condiciones peculiares del poseedor de un texto semejante, al menos en la España del siglo XVI.

Es claro que una formación humanista que incluya el conocimiento de la lengua griega resulta el requisito más urgente para hallarle un dueño verosímil a estos comentarios. La

posibilidad de una adquisición en Italia, con ser menos forzosa dadas las múltiples vicisitudes que gobiernan el comercio del libro –*habent sua fata libelli*–, puede ser un aval a favor de un propietario que, además de saber griego –o de quererlo saber–, tuviese conexiones con el país donde se publicaban y circulaban con más asiduidad los textos en esa lengua. Si a tal conjunción se añade la propia residencia del propietario del impreso en Italia durante varios años y su condición de bibliófilo, la probabilidad de asociar su nombre a este impreso aldino va resultando cada vez menos arriesgada.

Pero antes de proponer un dueño más o menos concluyente, añadamos otra coincidencia, acaso la más decisiva, a la hora de asignar propiedades. Y para ello es preciso reparar en tres impresos griegos que, junto al Ammonio, conservan trazas y permiten recabar noticias que invitan a inferir un destino compartido. Son los que se citaban en el párrafo inicial de este artículo: el *Psaltérion*, también publicado por Aldo Manuzio, la *Bibliotheca historica* de Diodoro Sículo y las *Historiae Romanae* de Dión Casio.

Al margen de la lengua hay una circunstancia adicional que comparten estas tres obras: fueron revisadas conforme al expurgatorio de 1640 por fray Pedro de Carvajal en el convento de San Vicente Ferrer de Plasencia. Esta inquisición dejó su rastro manuscrito en las portadas a fin de asegurar que no eran títulos prohibidos (véase el micrositio <https://rbdigital.realbiblioteca.es/s/libros-prohibidos-y-censurados/page/intro>). Fray Pedro, un dominico que firma como «predicador general», trabajó en calidad de revisor una década después de la publicación del expurgatorio que le guía, posiblemente en torno al año de 1650. Fue entonces cuando ingresó en el convento –y con todas las precauciones eclesiásticas que cabe suponer– la colección de libros de la que formaban parte los tres impresos que ahora nos importan y que el fraile estuvo viendo hasta asegurarse de su ausencia de culpa. En cada uno de ellos dejó advertido que «no le toca el expurgatorio novísimo de 1640», es decir, el último publicado hasta la fecha de su revisión. (Ilustración 6).

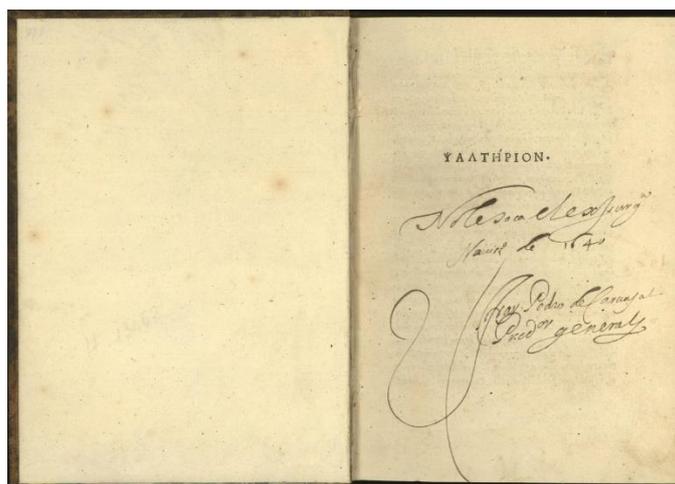


Ilustración 6: RB 1/157. Aprobación de fray Pedro de Carvajal en la portada del *Psaltérion*,

Una última afinidad de estos tres impresos griegos e inocentes es la de compartir procedencia, una conclusión a la que se llega cuando se conoce la historia de la librería del convento dominico de Plasencia. Y parte de esa historia, la más valiosa por lo que supuso de incremento, fue la incorporación de los libros del arzobispo de Toledo García

de Loaysa Girón (1534-1599). De manos de un sobrino, el tercero por el que llegó a pasar la biblioteca tras la muerte de su fundador, el conjunto acabaría depositado en el convento de San Vicente Ferrer el año de 1650.

No es preciso detenerse aquí en el destino de esta colección, documentada y estudiada por Fernández Pomar (1965) y Gregorio de Andrés (1974) y más recientemente por Rodríguez Pérez (2018). Pero sí es de suma importancia saber que la librería del arzobispo Loaysa, derivada al convento dominico de Plasencia, se había nutrido previamente de los libros del cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza y Bobadilla (1508-1566). Este eclesiástico había sido uno de los bibliófilos más notables de su tiempo en España: buen conocedor de las lenguas clásicas, reunió una magnífica colección de impresos y manuscritos griegos que quiso adquirir Felipe II, una librería especializada que pudo lograr gracias a su residencia en Italia durante una decena de años repartidos entre 1545-1551 y 1555-1557, siempre al servicio de Carlos V en misiones diplomáticas ante la Santa Sede. Llegó a ejercer incluso como gobernador de Siena. Muy apreciado por Erasmo de Rotterdam, el cardenal Mendoza fue amigo también de Juan Luis Vives, que le dedicó su *De ratione dicendi*. Cultivó el trato con los mejores hombres del Renacimiento italiano y de la Reforma católica. Tuvo por secretario a Juan Páez de Castro, que anotó varios de los códices griegos que adquirió el cardenal durante su estancia en Roma, y que, como su señor, acabaría reuniendo una copiosa librería (Domingo Malvadi 2011). Con su pariente Diego Hurtado de Mendoza, embajador en Roma, tuvo trato asiduo y compartió su pasión por los libros, aunque no todo fueron relaciones cordiales. De algún desencuentro entre ambos queda constancia en una carta del embajador Hurtado de Mendoza al cardenal Granvelle (RB II/2315, ff. 27r-32v). Y sin salir de libros ni de esta correspondencia, abundan las letras cruzadas entre el cardenal de Burgos y el ministro. Una de las más tempranas, fechada en febrero de 1547, surgió por acompañar el envío de una obra que Bobadilla remitió a Granvelle fiado de que el «argumento apazible» de aquel libro convenía a las inclinaciones lectoras del destinatario (RB II/2303, f. 15r-16v).

De la competencia del cardenal Mendoza como helenista son buena prueba sus anotaciones en diversos manuscritos –notablemente el Ms. 6205 de la Biblioteca Nacional, copiado de su mano– e impresos griegos, entre ellos dos ejemplares del incunable aldino de la *editio princeps* de Aristóteles (Venecia, 1495-1498; Biblioteca Nacional, INC. 2278-2279), en cuyos márgenes también se reconoce la escritura de El Pinciano (Pérez Martín 2011: 78-79, 82-83). Otros compañeros de letras del cardenal Mendoza que orientaron su vocación bibliófila fueron el flamenco Bonaventura Vulcanius (1538-1614), que le sirvió como bibliotecario antes de convertirse en editor de textos griegos, y Martín Laso de Oropesa, traductor de Lucano. Este breve currículum acredita a Francisco de Mendoza y Bobadilla como un poseedor razonable del ejemplar aldino encuadernado en Bolonia que hoy se conserva en la Real Biblioteca. Verificar ahora tal atribución es el propósito de las líneas que siguen.

El nombre de Francisco de Mendoza y Bobadilla puede asociarse con la propiedad de un ejemplar del *Peri hermeneias* publicado por Aldo en 1503. Y puede hacerse con la mejor garantía posible, la que avala la existencia de un testimonio documental. Se trata de un índice de la librería del cardenal de Burgos cuando ya pertenecía a su hermano Fernando, canónigo de la catedral de Toledo, heredero de la biblioteca. Entre los folios 135r y 150v

del código misceláneo de El Escorial con signatura L.I.13 (Zarco Cuevas 1926, II: 231), se nos ha conservado un «Memorial de los libros del Illmo. y Rmo. Señor cardenal de Burgos que aya gloria». Graux publicó en 1880 la parte correspondiente a los manuscritos griegos de esa memoria y Gregorio de Andrés la volvió a ofrecer como apéndice documental en la edición y traducción que hizo tanto de la obra de Graux (1982: 404-412), como en un artículo previo sobre un fondo griego llegado desde Plasencia a la Biblioteca Real en 1739, pero excluyendo en ambos casos la transcripción de las obras impresas reunidas por Mendoza y Bobadilla (Andrés 1974: 17-25). Es probable que este índice conservado en El Escorial se elaborase hacia 1571, año de la muerte en Toledo de Fernando de Mendoza, hermano del cardenal de Burgos y depositario entonces de sus libros. De hecho, el memorial viene precedido de una anotación orientadora: «librería de la Sta. Iglesia de Toledo». Entre los títulos adscritos a la categoría de «Philosphi impressi Greci in folio» (f. 142r) aparece mencionada la edición de los comentarios de Ammonio publicada por Aldo en 1503. Lamentablemente, no hay referencia alguna a la encuadernación del ejemplar, cuya singularidad –de ser el conservado en la Real Biblioteca– lo habría hecho inequívoco. (Ilustración 7).

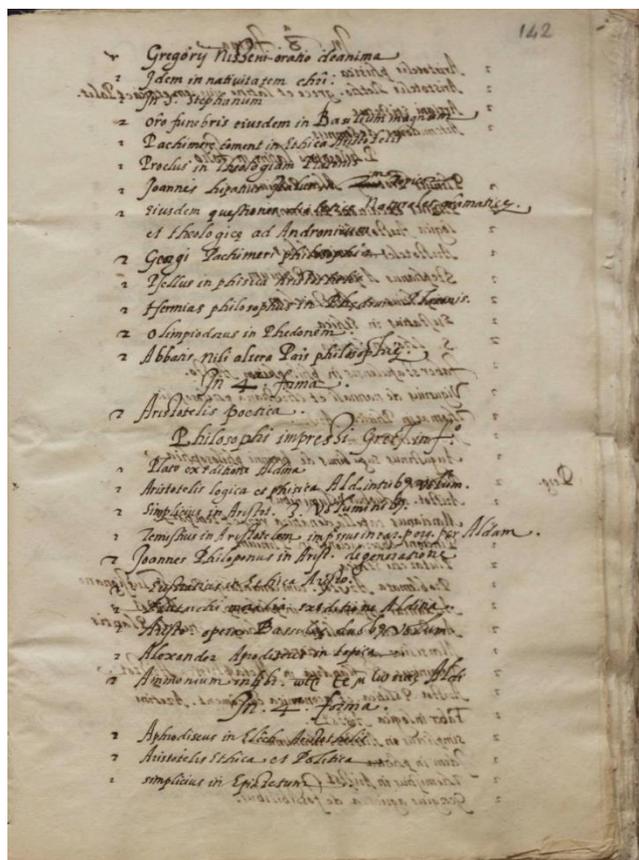


Ilustración 7: RBME L.I.13, f. 142r. Mención del *Peri hermeneias* de Ammonio en la quinta línea contando en sentido ascendente desde la última del folio.

El ejemplar de Ammonio, junto al resto casi íntegro de la librería –Gregorio de Andrés (1974: 13) reconoce al menos treinta y tres manuscritos griegos dispersos entre 1566, fecha de la muerte del cardenal, y 1571, año en el que se pone en venta la biblioteca–, pasaría a ser propiedad de García de Loaysa Girón, por compra, en 1588. Loaysa, un coleccionista destacado de obras tanto latinas como griegas, tenía al menos treinta y dos

códices helénicos antes de incrementar su número con los procedentes del cardenal Mendoza. A su muerte, la librería alcanzaba casi los tres mil volúmenes entre obras impresas y manuscritas en diversas lenguas. Del contenido de aquella extraordinaria biblioteca queda memoria en la almoneda que hicieron de los libros del arzobispo Loaysa los libreros Francisco de Robles y Juan Berrillo, que asentaron, según su testimonio, «toda la dicha librería y libros sin faltar nynguno», y agotados por el recuento, dejaron una queja: que no se les pagaba conforme a «su mucha ocupación y trabajo». El resultado de aquellas fatigas puede consultarse en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM, t. 1811-4: ff. 1501r-1638v; la protesta en f. 1709r).

Siendo estrictos, pues, no podemos afirmar más que Francisco de Mendoza y Bobadilla poseyó un ejemplar de los comentarios de Ammonio impresos por Aldo Manuzio en 1503. Y que, en compañía de casi todos sus demás libros, pasó a manos del arzobispo García de Loaysa Girón veintidós años después de su muerte. ¿Por qué proponer, entonces, que el ejemplar de la Real Biblioteca correspondiente a esta edición pudiera ser el del cardenal de Burgos? Para obtener una respuesta es preciso seguir avanzando en el tiempo; en el tiempo, ahora, de los libros de García de Loaysa y Girón.

### *La librería del obispo García de Loaysa y Girón (1534-1599) y el convento de San Vicente Ferrer de Plasencia*

No se conoce ningún índice de la biblioteca de Loaysa que documente su estadio previo al ingreso en ella de la colección de Mendoza y Bobadilla. Sí hay noticia de sus libros con motivo de la tasación de su biblioteca el mismo año de su muerte, en 1599 (el citado documento del AHPM, t. 1811-4: ff. 1501r-1638v). Una sección de esa librería, la de sus fondos griegos, vuelve a reaparecer siglo y medio después en otro listado, uno que se hizo para detallar una operación de canje de libros entre el convento de San Vicente –donde recordemos que paraban los de Loaysa desde 1650– y la Biblioteca Real, representada por Juan de Iriarte, promotor del intercambio. En 1739 se elaboró un listado que recogía como obras desechables por parte de la comunidad dominica las escritas en hebreo, griego e italiano, así como los duplicados de la naturaleza que fuesen. Entre los meses de mayo y agosto de aquel año, se llevaron a Madrid los fondos de manuscritos e impresos hebreos, griegos y árabes; en 1753 se completó el traslado con una nueva remesa de libros. Ascensio de Morales y Tercero, oidor de la Real Audiencia de Sevilla y miembro del Consejo de Su Majestad, fue el encargado de organizar esta segunda mudanza (Fernández Pomar 1965: 66-76; Andrés 1974: 41-49).

La mayoría del fondo griego de Loaysa, tanto impreso como manuscrito, se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional. Hay escasas excepciones, entre ellas los tres ejemplares revisados por fray Pedro de Carvajal ahora en la Real Biblioteca. Dos de estos tres impresos –Diodoro Sículo y Dión Casio– tienen anotaciones de una mano del siglo XVIII en la última guarda que siguen una misma pauta, coincidente también con la que ofrece el ejemplar de Ammonio: una referencia numérica tanto en el margen superior como en el inferior de la hoja que parece obedecer a alguna contabilidad derivada de las operaciones emprendidas en la Real Biblioteca para la reubicación de los ejemplares a su llegada en 1739. (Ilustración 8).

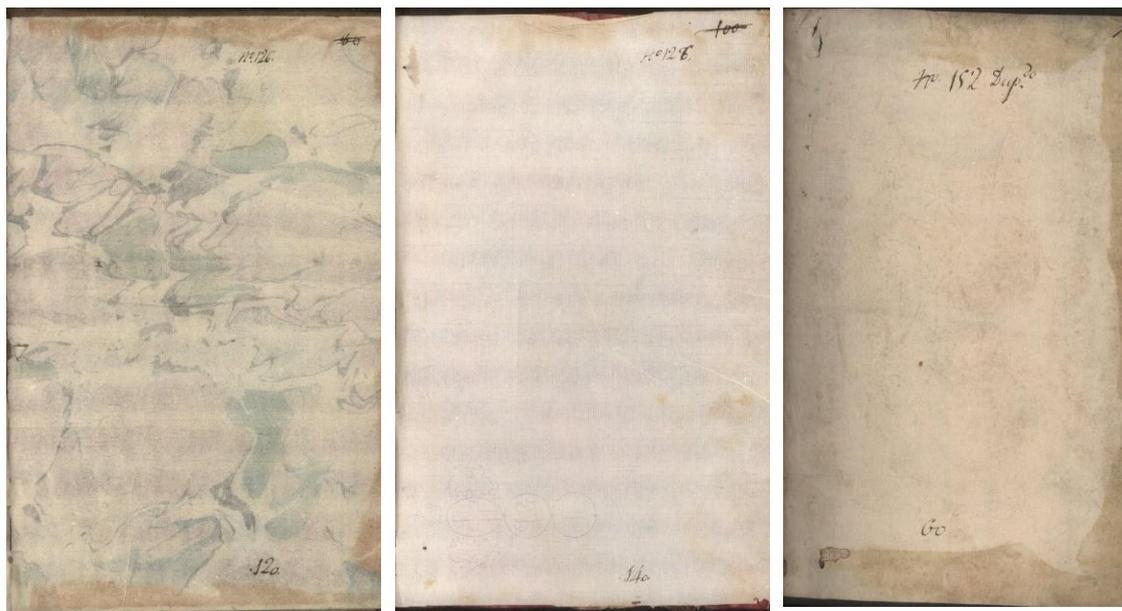


Ilustración 8: Guardas con anotaciones coincidentes en los ejemplares de la RB VII/943, XIX/4582 y VIII/3319.

Esta manera de anotar referencias numéricas –y de tachar y corregir– es recurrente en todo el lote expedido para la librería del rey desde Plasencia. También queda constancia de ellas en las guardas iniciales de los ejemplares conservados en la Biblioteca Nacional. Al menos cuatro viajes serían necesarios hasta completar el traslado, que se inició en mayo y acabó en agosto de 1739 (Fernández Pomar 1965: 69). Lo recibido consta en un libro registro manuscrito que ofrece una memoria de adquisiciones bibliográficas para la Real Biblioteca desde 1737 hasta 1744 (Archivo BNE-A, L-114). Entre los folios 3v-18v de este legajo se asentaron dos listados con fecha de dieciséis de agosto de 1739 encabezados por estos epígrafes: «Libros griegos de Plasencia» y «Libros manuscritos de Plasencia». La primera relación ofrece ciento treinta y seis impresos griegos; la segunda ciento seis manuscritos en la misma lengua. Esto fue lo entregado por el convento de San Vicente a la biblioteca del rey en cumplimiento de la permuta acordada con Juan de Iriarte.

Desconozco las razones precisas que decidieron el reparto de algunos de estos libros entre la colección real pública (hoy Biblioteca Nacional) y la particular de Su Majestad, es decir, la presente Real Biblioteca. Pero el destino unívoco de los libros que viajaron desde Plasencia a Madrid en 1739, cuando la librería real se identificaba con la colección que había sobrevivido al incendio de 1734, aún puede apreciarse en el ejemplar de la *Bibliotheca historica* de Diodoro Sículo (RB XIX/4582). En manos de Loaysa, este título compartía encuadernación con un ejemplar de la edición parisina de la *Historia Romana* de Apiano Alejandrino publicada en 1551 por Charles Estienne. Lo sabemos porque así consta en el inventario que se hizo para dar razón de los libros que se trasladaban de Plasencia a Madrid (Archivo BNE-A, L-114, f. 9r-v; Fernández Pomar 1965: 84, núm. 91). Esa mitad ausente del ejemplar de Palacio corresponde ahora al ejemplar de la Biblioteca Nacional con signatura R/34195. La partición se delata –al margen del asiento conjunto de las dos obras en el índice de 1739– por evidencias materiales que han dejado su huella en sendos volúmenes: la rotulación común del título sobre el corte frontal en tiempos de Loaysa quedó repartida entre los dos ejemplares. Comparten, además, el

mismo estilo de encuadernación y guardas; también es común la tipología de una referencia numérica anotada por una mano del siglo XVIII, previsiblemente derivada de alguna labor bibliotecaria ya en la Real, en la primera guarda de ambos ejemplares: «222-2» en el de la Nacional y «223-1» en el de la Real Biblioteca (ilustración 9). Por lo que respecta al ejemplar aldino de Ammonio, aunque comparte la misma procedencia, tiene sus particularidades, según veremos ahora.

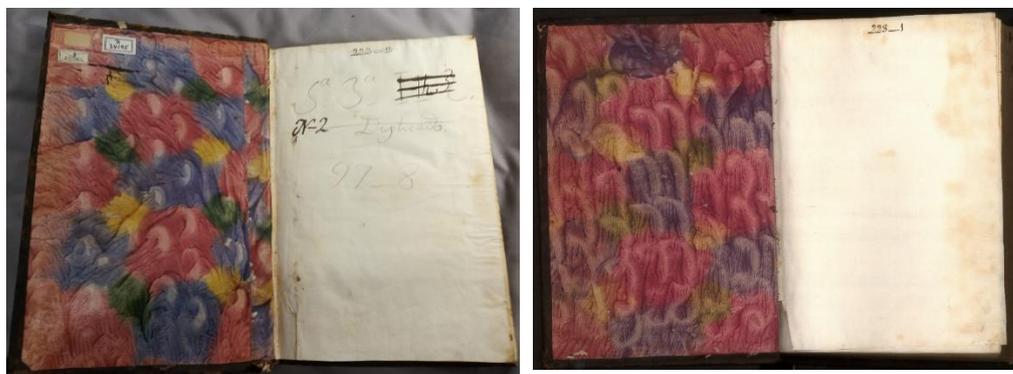


Ilustración 9: Guardas y anotaciones en BN R/34195 y RB XIX/4582. En 1739 formaban un solo volumen.

El convento de San Vicente entregó en la permuta que hizo con la librería del rey en 1739 dos centenares largos de obras impresas y manuscritas en griego. A cambio recibió material escolástico y bibliografía útil para la predicación, materias más afines a sus necesidades y, cabe suponer, a su entendimiento. Entre la lista de obras cedidas por los dominicos aparecen no una, sino dos ediciones del Ammonio aldino bajo el epígrafe «Impresos griegos de Plasencia» (Archivo BNE-A, L-114: f. 4r y 8v; Fernández Pomar 1965: 79-86, núms. 24 y 84). Como es habitual en este tipo de índices, no existen tampoco referencias a la encuadernación de los ejemplares que nos permitieran identificarlos con menos reservas, pero es ahora, conocido el itinerario de la biblioteca del cardenal Mendoza a Toledo, donde sabemos que estaba en 1571, su integración en la librería de Loaysa en 1588, su traslado al convento de San Vicente en 1650 y su viaje definitivo a la librería del rey en 1739 y 1753, cuando adquiere una relevancia muy significativa aquella anotación que conserva nuestro ejemplar sobre la última guarda, una abreviatura, «dup<sup>do</sup>», escrita por una mano del siglo XVIII que también dejó su huella en la inmensa mayoría de los ejemplares procedentes del convento registrando y tachando referencias numéricas, acaso topográficas (véanse ilustraciones 5 y 9). Lo que es restrictivo en este tipo de apuntes, y por ello especialmente valioso, es la consideración de «duplicado».

El Ammonio impreso por Aldo no es la única reiteración en esta lista de lo remitido desde Plasencia a Madrid: hay, por citar algún ejemplo más, dos entradas —es decir, dos ejemplares—, correspondientes a la misma edición de los *Logoi duo kai exekonta* de Demóstenes publicados en 1532 por Johann Herwagen en Basilea y anotados por Budé (ilustración 10); y lo mismo ocurre con las *Tragoediai Epta* de Sófocles en la edición florentina de los herederos de Filippo Giunta en 1522, con las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas impresas por Henri Estienne en 1574 o con el *Enchiridion* de Epicteto que publicó Juan de Cánova en Salamanca el año de 1555. Lo habitual es que no haya advertencia alguna de la condición de duplicado en los ejemplares repetidos. La excepción, además del Ammonio de la Real Biblioteca, está representada por el ejemplar de la *Historia Romana* de Apiano Alejandrino (BN R/34195), que estuvo encuadernado

con la *Bibliotheca Historica* de Diodoro Sículo (RB XIX/4582), y por uno de los dos Píndaros de la edición romana de Calliergi conservados en la Nacional (R/21183). A la posible explicación de la permanencia de estos dos ejemplares en la Real Pública frente al Ammonio, que pasó a la Particular, le dedicaré unas palabras más adelante, y serán para insistir en la condición excepcional del Ammonio trasladado. Ahora prosigamos recreando la peripecia de este libro y razonando su singularidad.

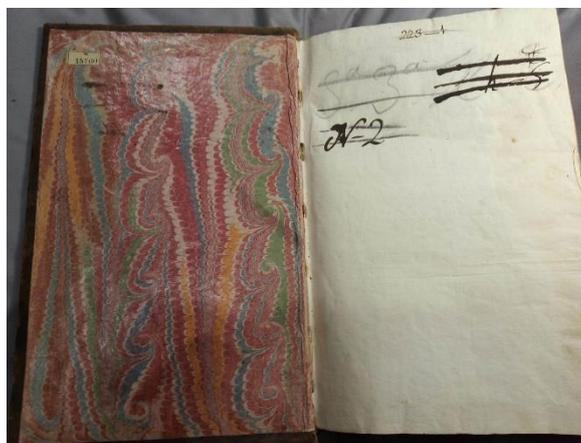


Ilustración 10: BN R/15760. Guarda inicial y anotaciones en los *Logoi duo kai exekonta* de Demóstenes.

La conclusión más obvia para interpretar el aviso de «dup<sup>do</sup>» en uno de los ejemplares del *Peri hermeneias* es que el Ammonio perteneciente al cardenal Mendoza viniera a sumarse a otro que ya tuviese García de Loaysa. Como se ha dicho, no conservamos índice de esta última librería antes de que recibiera los libros de Mendoza y Bobadilla en 1588; en la tasación implícita de sus libros fechada en 1599, cuando ya se habían sumado a los de Loaysa [AHPM, t. 1811-4: ff. 1501r-1638v), no es fácil reconocer el título de Ammonio –abundan las referencias vagas a las ediciones de Aristóteles, como «unas obras de Aristóteles en griego ynpressas» (f. 1594v) o «un cuerpo de Aristóteles en griego ynpresso» (f. 1600r)–, pero el hecho de que entre lo trasladado en 1739 aparezcan dos ejemplares de la edición del *Peri hermeneias* a costa de Aldo en 1503, hace razonable pensar que el Ammonio de Loaysa ya le perteneciera con anterioridad al año de 1588, que fue cuando aumentó su librería con la de Mendoza.

Menos verosímil resulta proponer que este libro se repitiera en el convento porque la comunidad dominica de San Vicente en Plasencia tuviese ya uno, cuando sabemos que fueron precisamente los libros en griego los que menos servicio les hacían a los frailes y los que se apresuraron a canjear por otros, procedentes de la colección real, más adecuados a sus necesidades didácticas o espirituales. Por lo demás, es muy común entre los helenistas españoles del XVI la coincidencia en los títulos que adquieren: el mercado editorial era limitado en este campo y el canon literario estaba asentado –y condicionado– por lo que prescribían las gramáticas griegas como textos normativos. Francisco de Vergara apuntaba a Ammonio en la suya a la hora de adentrarse en el *Organon* aristotélico (López Rueda 1973: 248). Y para los interesados en reunir tanto la obra de Aristóteles como la de su *corpus* de comentaristas, el *Organon* no podía prescindir de la edición que Aldo Manuzio había puesto en el mercado en 1503, que se completaba con la *Paraphrasis in librum peri hermeneias* de Michael Psellos, además del comentario *In decem categorias* del propio Ammonio.

Nada hay de extraño, pues, en que tanto Mendoza como Loaysa, dos humanistas casi contemporáneos y con una inclinación compartida por las letras griegas, coincidiesen en varios de los títulos que adquirieron. El inventario hecho para el traslado de fondos del convento de San Vicente a la librería del rey en 1739 confirma estas afinidades, entre las que el Ammonio repetido no viene sino a ilustrar lo que era, y aún es, consecuencia de una erudición especializada: las letras griegas –como las latinas– manejan un repertorio cerrado, un conjunto de autores y obras que no es inabarcable y que cada época hace accesible en ediciones concretas que tienen a repetirse entre los lectores de la misma generación o entre lectores que han de recurrir a la edición más accesible en su momento.

Otro asunto es reconocer esas ediciones precisas en los índices de librerías particulares que sobreviven, una tarea más equívoca todavía en las relaciones notariales de bienes, por lo general menos detalladas o menos especializadas, como es el caso de la biblioteca de García de Loaysa y Girón. Frente a un «Manuelis Moscopoli De racione exsaminanda in pergamino y en griego ynpresso» (AHPM, t. 1811-4: f. 1600r) o un «Psalterio en griego ynpresso y encuadernado en pergamino» (*idem*: f. 1579r), que corresponden inequívocamente a dos asientos del inventario hecho en Plasencia (BN-A, L-114: f. 7r-v; Fernández Pomar 1965: 82, núm. 60 y 63), hay no pocos casos en los que la identificación es más que dudosa por ser menos unívoca (ilustración 11).

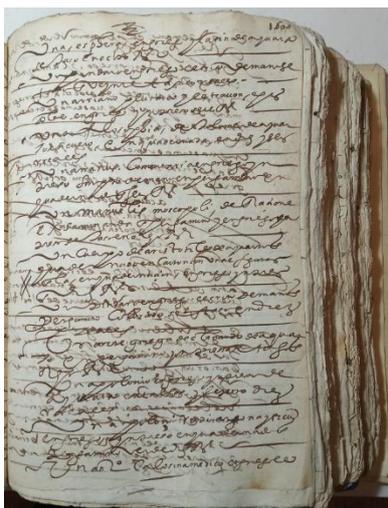


Ilustración 11: AHPM, t. 1811-4, f. 1600r. Aspecto del inventario de la librería de García de Loaysa Girón.

Las dificultades no radican solo en las entradas correspondientes a ejemplares duplicados y a los que comparten encuadernación, no siempre advertidos por los tasadores. Una simple comprobación de rigor, como es tratar de reconocer ejemplares que están en el «Memorial de los libros del cardenal de Burgos» de 1571 (Escorial L.I.13: f. 135r-150v), que deberían figurar en la almoneda de Loaysa de 1599 (AHPM, t. 1811-4: f. 1501r-1638v) y, por fin, reaparecer en el listado de «Libros griegos de Plasencia» fechado en 1739 (BNE-A, L-114: 3v-12r), resulta poco fructífera. Y el eslabón de Loaysa es el que con más frecuencia interrumpe la cadena, seguramente no porque falte el asiento sino porque la precariedad de los apuntes –menos cicateros con la noticia de la encuadernación, sobre todo la que corresponde a los manuscritos–, hace aventuradas las identificaciones. Pasa con el Apolonio de Rodas de 1574, con el Heródoto de 1502 (un Aldo), con los *Phaenomena* de Arato de 1499 (Aldo, de nuevo) o con los comentarios de

Simplicio de Cilicia al *De coelo* de Aristóteles de 1526, reconocibles en los inventarios de 1571 y de 1739 pero no en la almoneda de 1599. Y pasa con los Ammonios de 1503. Pero cuando se examinan los ejemplares supervivientes de esta edición en su lugar de destino más probable –cinco en total, ahora repartidos entre la Biblioteca Nacional y la Real Biblioteca–, es posible hacer descartes que los inventarios no permiten. Y así, uno de los dos ejemplares que aparecen en el listado de 1739 –pongamos, para entendernos, que fuera el que habría podido tener Loaysa antes de la compra de la biblioteca de Mendoza– puede identificarse, sin atisbo de duda, con el R/18704 de la Biblioteca Nacional. El impreso ha perdido su encuadernación antigua y sus guardas, pero en la portada sobrelleva la advertencia tranquilizadora de fray Pedro de Carvajal en la que atestigua que «no le toca el expurgatorio novísimo de 1640». Por tanto, un ejemplar seguro de los que estuvieron en Plasencia, lugar del expurgo.

Los otros tres ejemplares del Ammonio aldino en la Biblioteca Nacional –R/21162, R/26091 (1) y U/9450 (2)– ofrecen marcas de posesión que excluyen su vínculo con el fondo griego de San Vicente en Plasencia, o dicho de otro modo, su pertenencia a la biblioteca de García de Loaysa. Uno de ellos lleva el sello en tinta azul de la «Librería de D. Luis Usoz. 1873» –es el ejemplar que ofrece la Biblioteca Digital Hispánica, U/9450 (2)–; otro conserva el superlibro de la biblioteca del Monasterio de El Escorial –R/26091 (1)–; y el que queda, R/21162, es un ejemplar de procedencia italiana, generosamente anotado en griego y con la advertencia en el margen superior de la portada de que «questo libro e di Giovannj Borgherinj et amicorum». Borgherini fue un hombre de letras florentino, célebre por su retrato junto al humanista veneciano Trifon Gabriele atribuido a Giorgione, y vinculado por su matrimonio con la familia de Niccolò Capponi, gonfaloniero de Florencia en las primeras décadas del Quinientos. Su exlibris se conserva también en el incunable 1111 de la Biblioteca Nacional de Lisboa, una colección de *Quaestiones* sobre los *Universalia* de Porfirio y los *Libri Praedicatorum et Perihermeneias* de Aristóteles (Venecia: Andrea Torresani, 1500). Consciente de la dificultad para identificar ejemplares que se repiten, Pomar, que habrá desechado los tres mencionados por las mismas razones obvias que acabo de referir, no se atrevió a asignar signatura para el otro ejemplar de la edición aldina de Ammonio que figuraba en el listado de los impresos griegos remitidos a la Biblioteca Real desde Plasencia (núm. 84 de su lista), todo ello una vez reconocido el ejemplar aprobado por fray Pedro de Carvajal. Y expuso francamente el motivo de su abstención:

Por lo que toca a los impresos [en el índice de 1739], la identificación resulta mucho más difícil que en los manuscritos, por existir en la Biblioteca Nacional con gran frecuencia una pluralidad de ejemplares del mismo autor y obra y con igual pie de imprenta. En estos casos, nos hemos servido para la identificación de los mismos criterios que en los manuscritos [la censura de fray Pedro de Carvajal o el reconocimiento de anotaciones y subrayados de Mendoza o de Loaysa], pero el resultado obtenido ha sido menor, pues de los 135 impresos que figuran en la lista de referencia solamente hemos logrado identificar alrededor del 60 %. (Fernández Pomar 1965: 78).

No hay, pues, ejemplar alguno entre los fondos de la Biblioteca Nacional que pueda identificarse con el segundo de Ammonio que figura en la lista de los que se embalaron en Plasencia. La suficiente razón que lo impide es que no está allí. Pero las reservas lógicas de Pomar se disipan, o al menos se atenúan, si consideramos la tipología de las

marcas manuscritas que se conservan en las guardas de los ejemplares placentinos de la Nacional y las confrontamos con las que muestran otros, ahora separados de aquel lote, el Ammonio de la Real Biblioteca entre ellos. Ese examen y recurrir al apoyo documental del índice hecho con motivo de su traslado desde el convento de San Vicente: *Libros griegos de Plasencia* y *Libros manuscritos de Plasencia*, una relación, recordemos, encargada por Iriarte y fechada un 16 de agosto de 1739 (Archivo BNE-A, L-114: ff. 3v-12r, libros impresos; ff. 12r-16r, manuscritos).

### *Madrid, 1739. Un apunte sobre los «libros griegos de Plasencia» en la Biblioteca del Rey*

Antes de acercarnos con más detalle al cuarteto de impresos griegos que, extraídos del conjunto que ingresó en la colección real en 1739 pasaron a la biblioteca privada de Su Majestad, reparemos brevemente en la tipología de las marcas manuscritas que comparte todo el lote, unas anotaciones confiadas a sus guardas, a sus portadas, a los márgenes del texto y, con menos frecuencia, a sus tapas. Consideradas así, podemos hablar de tres estratos cronológicos dentro de las señas distintivas que ofrecen los libros del convento placentino ahora reunidos en la Biblioteca Nacional. Los cuatro impresos griegos de ese fondo que saldrían de la pública para integrarse en la particular son antes una excepción que la norma en el destino del conjunto.

El rastro más antiguo en los ejemplares desplazados correspondería a marcas procedentes de la librería del cardenal Mendoza y Bobadilla. Estas pueden consistir en restos de anotaciones de su mano, subrayados y hasta un tipo de encuadernación «en piel roja marrón, adornada en frío toda su superficie, tapas y dorso» frecuente en la biblioteca del cardenal de Burgos, especialmente en su fondo manuscrito (Graux 1982: 75, n. 43). El hecho de que se verifique la presencia de alguno de estos títulos en el «Memorial» de su librería conservado en la biblioteca de El Escorial (L.I.13: f. 135r-150v) es un argumento añadido a la hora de postular procedencias precisas.

El siguiente estrato cronológico en cuestión de marcas sería el ofrecido por aquellas que aseguran la identificación de ejemplares que pertenecieron a García de Loaysa. Para ello es inestimable la nota de censura que fray Pedro de Carvajal les puso al frente hacia 1650, cuando los libros ingresaron en la institución dominica de Plasencia tras haber sido donados por un descendiente del arzobispo, sobrino de sobrinos, Diego Esteban de Carvajal y Nieto. Y este vestigio del expurgador, que no es exhaustivo ni alcanza a todos los ejemplares que reunió Loaysa –falta, por ejemplo, en el tratado de Psellos *In quattuor mathematicas disciplinas* (Venecia: s. n., 1532), en el Píndaro de Zacharias Calliergi (Roma, 1515), en el Sófocles de Filippo Giunta (Florencia, 1522) y en el Ammonio de la Real Biblioteca (Aldo Manuzio, 1503)–, debe completarse con la relación de bienes que Loaysa tenía al morir en 1599, entre los que figura el inventario de su librería, que entonces ya integraba en sus fondos la del cardenal Mendoza (AHPM, t. 1811-4: ff. 1501r-1638v).

El último estrato corresponde al tipo de anotaciones en las guardas y la tapa de los ejemplares, unas marcas derivadas, según se apuntó más arriba, de su reubicación –o, quizá, de la identificación de su trayectoria–, una vez que pasaron a formar parte de la colección real tras su llegada a Madrid en 1739. El valor que tienen esas anotaciones

precarias hace preciso que retornemos a su letra porque recorrerla una y otra vez es el mejor modo de advertir todo su sentido. Se trata –volvamos a decirlo como si lo descubriéramos por primera vez– de dos series de números manuscritos en las guardas finales –en el caso del Ammonio en una hoja empastada sobre el plano posterior–, uno en la parte superior y otro en la inferior (ilustración 8). Excepcional entre esa pauta numérica repetida en los ejemplares placentinos que ahora están en la Real Biblioteca es una abreviatura exclusiva que adquiere toda su significación cuando se examina en contraste con la regularidad de las marcas manuscritas confiadas a las guardas de los demás ejemplares, tanto en la Real como en la Nacional: la constatación de un duplicado.

Es ahora cuando esta advertencia resulta reveladora por su cualidad de excepcional frente al resto de las anotaciones. Añadamos que la mano que atestigua la condición de «Dup<sup>do</sup>» en el Ammonio de Palacio tras un número de orden, en este caso «nº 152», es la misma que escribe cifras con idéntica distribución –arriba y abajo de la hoja– en otros dos de los cuatro ejemplares griegos de la Real Biblioteca. Esas numeraciones faltan, por tanto, solo en el *Psaltérion*, pero su procedencia es inequívoca: conserva la censura de fray Pedro de Carvajal en su portada (ilustración 6), una marca que lo vincula a la librería de San Vicente, y, además, aparece citado en la lista de los libros griegos remitidos en 1739 desde el convento a Madrid (BN-A, L-114: f. 7v; Fernández Pomar 1965: 82, núm. 63). Por su parte, el Ammonio expurgado por fray Pedro, el R/18704 de la Nacional, carece de la advertencia de duplicado. Y no la tiene porque el aviso era excluyente: se reservó para el otro ejemplar que consta en la lista de los *Libros griegos de Plasencia* (Archivo BNE-A, L-114, f. 8v), un duplicado que Fernández Pomar no pudo reconocer porque su destino, una vez anotada su condición de libro repetido, ya había sido otro cuando él examinó este fondo griego en la Biblioteca Nacional en la década de los sesenta del siglo pasado. Para entonces, hacía más de cien años que el segundo ejemplar de Ammonio llegado de Plasencia había sido elegido para formar parte de la colección particular de Su Majestad. El mismo destino pudieron haber tenido otros dos libros repetidos en el convento de San Vicente y sobre los que aún es visible el rastro que delata la aplicación del mismo procedimiento selectivo tras su llegada a Madrid: la constancia en una guarda de su condición de duplicados. Uno es el Apiano Alejandrino correspondiente a la edición de Charles Estienne (París, 1551; BN R/34195) y el otro el Píndaro de Calliergi (Roma, 1515; BN R/21183). Pero ninguno de ellos tenía una encuadernación tan singular como el segundo Ammonio, un libro que saltaba a la vista entre los demás, vestidos mayoritariamente con el pergamino verde que se cita una y otra vez en el inventario de los libros impresos griegos que Loaysa dejó al morir. Frente a ese conjunto uniforme y modesto, costaría poco reparar en lo insólito y apenas harían falta más razones para proceder al traspaso de la excepción, aquel libro repetido y tan lucidamente envuelto frente a sus pares, que bien merecía entrar en la colección de cámara de Su Majestad.

### *Cuatro impresos griegos en la Real Particular. Marcas, encuadernaciones, exlibris*

¿Cuándo entró el Aldo encuadernado por el «Segundo Maestro alla vignetta» en la biblioteca particular del rey? ¿Cuándo entraron los demás impresos griegos que comparten su andanza? El rastreo de las cuatro ediciones en los sucesivos catálogos de la librería de Su Majestad no da respuesta a esta cuestión hasta muy tarde. Y tan solo es

reconocible el ejemplar aldino de los comentarios de Ammonio. Consta descrito por primera vez en el «Índice de las obras impresas que se hallan en la Biblioteca de S. M. C. la reina Nuestra Señora doña Isabel II, que Dios guarde. Año 1857». Ocupaba entonces la «s[ala] 8, est[ante] 11, p[lúteo] 3». La encuadernación, a pesar de su singularidad, se describe simplemente como «pasta» (RB II/4034: sin foliar). (Ilustración 12).



Ilustración 12: RB II/4034. Registro del *Peri hermeneias* de Ammonio en el índice de Carnicero y Weber (1857).

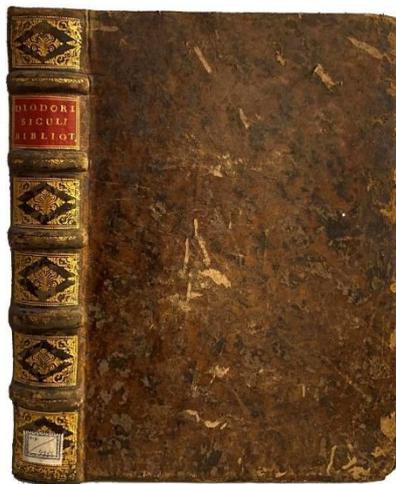
El índice, que es una ampliación de su precedente más inmediato, el que hiciera José Ángel Álvarez Navarro en 1845 (RB II/4031), ofrece únicamente asientos correspondientes a impresos de autores alfabetizados en la letra A. La minuciosa labor de Manuel Carnicero y Weber, impulsor del índice, no cundió tanto que alcanzara a ampliar los contenidos correspondientes a la letra D, donde previsiblemente podríamos ahora ver inscrita la *Bibliotheca historica* de Diodoro Sículo (Ginebra: Henri Estienne, 1559; RB XIX/4582) y las *Historiae Romanae* de Dion Casio (París: Robert Estienne, 1548; RB VII/943). Aún más remoto, según el orden alfabético seguido por Weber en su catálogo, le habría quedado el asiento del *Psaltérion* que Aldo publicara en Venecia entre 1496 y 1498 (RB I/157). Lo cierto es que una docena de años antes de estas adiciones al catálogo de Isabel II, en el índice de obras impresas de la reina atribuido a José Ángel Álvarez Navarro, que abarca todo el alfabeto, están ausentes los cuatro impresos griegos procedentes de Plasencia (cfr. II/4031). <https://realbiblioteca.es/es/node/325>

Por más que este cuarteto griego del Quinientos no aparezca en los inventarios de la librería de cámara anteriores a 1857, algunos indicios externos de los ejemplares invitan a concluir que no entraron tan tarde como el catálogo de Carnicero y Weber nos deja saber, al menos en el caso del Ammonio aldino. Este ejemplar sobrelleva una etiqueta de papel en el lomo, a modo de tejuelo, cuyo texto parece buscar la exhaustividad del contenido que refleja la noticia bibliográfica de Weber. En todo caso, es la referencia más

acabada sobre el contenido de esta edición que consta en los sucesivos asientos del libro citados en estas páginas. Dice así: «Ammonii / Commentaria / in lib. Aristotelis / Pselli / Paraphrasis in / eundem librum / Aldus 1503». ¿Se pegó esta etiqueta bajo la supervisión de Weber? Es una posibilidad derivada de sus oficios bibliotecarios en la Real Particular; y es un pormenor que no estorba un hecho que confirman los otros tres impresos griegos venidos desde Plasencia a Madrid en 1739: que el Ammonio ingresara en la colección particular del rey años antes de que su noticia pueda reconocerse en uno de los catálogos de sus libros. Hay una prueba decisiva de ello que deriva del exlibris que el Ammonio lleva pegado en la cara interna del plano anterior. A esta marca de propiedad, compartida por otro de los ejemplares de este cuarteto, me referiré un poco más abajo, en el momento de razonar existencias en la colección real particular que no dejan rastro en los catálogos por más que formen ya parte de la librería.

Las encuadernaciones que ahora ofrecen los cuatro impresos griegos pueden orientarnos sobre su ingreso en la librería de cámara o, cuando menos, inducirnos a postular un periodo de tiempo, vinculado al estilo que muestra su encuadernación, compatible con su presencia entre los libros del rey. Exceptuada la vestimenta boloñesa de la primera mitad del XVI del Ammonio, el resto ofrece ahora la pasta rutinaria que los revistió en los siglos XVIII y XIX, una reparación que se juzgó más decorosa que el pergamino verde que abundaba entre los impresos griegos que había reunido Loaysa. Cabe suponer que con esa cubierta llegaron a Plasencia cincuenta años después de su muerte, como habían llegado con la suya, más valiosa, los manuscritos, la mayoría forrados en piel sobre tabla con diversos grados de ornamentación. Estas encuadernaciones aún perduran en muchos de los códices del cardenal Mendoza y del obispo Loaysa que ahora se conservan en la Biblioteca Nacional. Si el pergamino se juzgó prescindible para vestir los nuevos libros del rey, las pieles antiguas ilustradas con hierros, ya fueran puestas sobre tabla o sobre cartón –como es el caso de nuestro Ammonio– merecieron un veredicto más favorable y pasaron a integrar la librería real sin perder el aspecto exterior con el que habían llegado.

Los tres impresos griegos que compartieron viaje con el Ammonio «alla vignetta» hasta acabar en la librería particular de Su Majestad, fueron reencuadernados tras su llegada a Madrid en agosto de 1739. La vestidura más cercana a esa fecha es la que se repite en el que fuera un ejemplar facticio cuando estaba en Plasencia. Entonces ofrecía un Diodoro Sículo y un Apiano Alejandrino reunidos que acabarían asignados por separado a la Real Particular (RB XIX/4582) y a la Real Pública (BN R/34195), pero comparten idénticos hierros y estilo de encuadernación, así como guardas pintadas a la acuarela siguiendo una pauta muy semejante. (Ilustraciones 9 y 13).



*Ilustración 13: Encuadernación del RB XIX/4582.*

Proponer el nombre de un encuadernador para estos dos ejemplares nos lleva a mencionar otra operación de canje de libros promovida tres años antes del traspaso de fondos del convento de San Vicente a la librería real. En 1736 el propio Juan de Iriarte, contando con el respaldo del bibliotecario mayor, Blas Antonio de Nasarre, operó con los dominicos del convento de Santo Tomás de Ávila como lo haría con los de Plasencia pocos años después. Se incorporaron entonces a la colección del rey ochocientos cuarenta y cinco volúmenes –entre ellos trescientos quince incunables– y se contentó a los frailes con duplicados y libros recientes que convenían más a sus necesidades (Fernández Pomar 1965: 35 ss.; Fernández Pomar 1986; Andrés 1989; García Ejarque 1997: 80, 502-503). De reencuadernar el fondo abulense se encargó Juan Gómez, que sirvió a la Real Biblioteca desde 1726 hasta su muerte en 1750. También se conservan cuentas que se le pagaron por encuadernar algunos de los libros que en 1739 se adquirieron para los dominicos de San Vicente en Plasencia (Fernández Pomar 1965: 70, n. 165; Fernández Pomar 1986: 870-871). Por tanto, el impreso de Diodoro Sículo y el de Apiano Alejandrino es muy probable que se separasen para ser reencuadernados poco después de su llegada a Madrid en 1739. Si fue, como es probable, Juan Gómez el encargado de vestirlos, recurrió a un estilo de taller, menos personal que el de otras encuadernaciones suyas «en tafílete rojo, tapas recuadradas con doble filete dorado y lomo cuajado» (Fernández Pomar 1967: 100), y aún más lejos de delicados trabajos que también había ensayado «con manecillas labradas para cierre, rica ornamentación en ambas tapas hecha en recuadros con pequeños hierros en oro, graciosos entrecruzamientos de arquillos y estilizaciones florales» (Castañeda y Alcover 1934: 160; López Serrano 1937: 10-11). (Ilustración 14).



Ilustración 14: RB XIX/4582, RB VII/943 y BN R/21183. Tres modelos de hierros habituales entre el fondo griego procedente de Plasencia reencuadernado tras su ingreso en la colección real en 1739.

Progresando en el tiempo, la siguiente encuadernación de este grupo de impresos está representada por la que ofrece el ejemplar de los *Romanarum Historiarum Libri* de Dión Casio (RB VII/943). Se trata de otra factura propia de taller hecha en pasta española de árbol y con hierros usados frecuentemente en la década de los años ochenta del siglo XVIII (ilustración 15). El estilo de esta encuadernación, que muestra algunas variantes en los hierros del lomo (predominan los ensayos florales) puede verse, por citar casos coincidentes y que corresponden a ejemplares repetidos en el listado de Plasencia, en uno de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (BN 3/16992), en otro de las obras de Píndaro (BN R/21183), en un *Enchiridion* de Epicteto (BN R/27238) y en unas *Tragedias* de Sófocles (BN T/5488).

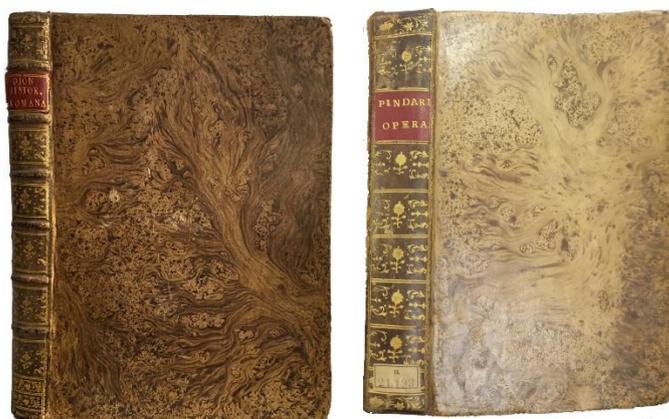


Ilustración 15: Pautas coincidentes en la encuadernación de un ejemplar de Dión Casio (RB VII/943) y otro de Píndaro (BN R/21183).

La encuadernación más tardía del cuarteto griego de la biblioteca de Palacio es la que se puso al *Psaltérion* (RB I/157), hecha muy posiblemente en la década de los años veinte o treinta del siglo XIX. Se trata de un estilo austero que recurre a los hierros dorados solo en el lomo para figurar nervios, una pauta que se reconoce en encuadernaciones seriadas de la Real Biblioteca para reunir papeles varios. En todo caso, una encuadernación posterior a 1819, año en el que se pegó en la cara interna del plano anterior de los libros uno de los exlibris reales más comunes en la colección real, diseñado para Carlos IV pero utilizado por su hijo Fernando VII, y ausente en este ejemplar. Impreso en papel, reproduce el escudo real arropado por un manto de armiño; el escudo sobremonta la leyenda «Biblioteca del Rey N. Señor» inscrita en un pedestal. En el pie del exlibris se indica la referencia espacial que corresponde al libro dentro de la biblioteca mediante un código de cifras romanas (sala) y arábigas (armario y estante). El Ammonio con encuadernación boloñesa del XVI y el Dión Casio con encuadernación española del XVIII comparten esa marca de propiedad. (Ilustración 16).



Ilustración 16: Exlibris de Fernando VII correspondientes a los ejemplares de Dión Casio y Ammonio.

El recurso a este exlibris está documentado por un pago que se hizo al encuadernador Santiago Martín por valor de tres mil quinientos noventa y cinco reales para saldar el trabajo empleado en «poner las armas reales a los libros de esta biblioteca de cámara de S. M.», con fecha de 17 de agosto de 1819 (ARB/1, CARP. 3, DOCS. 6, 7). La propiedad compartida de las *Historiae Romanarum* de Dión Casio y los comentarios de Ammonio nos deja saber que su ubicación física en la biblioteca del rey era también próxima: «XIII B 1» y «XIII B 2» respectivamente. El exlibris del ejemplar de Ammonio se corrigió posteriormente e inserta a lápiz, en el ángulo inferior derecho, una ubicación coincidente con la del Índice de Carnicero y Weber salvo en el estante del armario, una prueba de que el libro ya se había recolocado y que, al menos en 1857, su lugar estaba en la sala VIII, no en la XIII; la anotación a lápiz vuelve a dejar constancia de otro cambio, ahora solo de estante –del 3 al 10– dentro del mismo armario «II», un tiempo después de que Weber lo registrara en su Índice. Sería, sin embargo, la sala X de la librería real la que reuniera

mayor número de impresos griegos, a juzgar por las indicaciones topográficas que este exlibris ofrece en los ejemplares de la Real Biblioteca en tiempos de Fernando VII.

Naturalmente, la conclusión que podemos extraer no es que este fondo griego se encuadernase en 1819 sino que, al menos, dos de los cuatro ejemplares, los que llevan el exlibris de Fernando VII, ya eran parte de la colección real cuando se les pegaron «las armas reales... de S. M.» y se mandó pagar a Santiago Martín por la labor en agosto de aquel año.

Más seguras son otras cavilaciones ya expuestas a lo largo de estas páginas dedicadas a contar la andadura de cuatro impresos griegos del XVI, hoy en la Real Biblioteca, que comparten, además de lengua, marcas en sus guardas y rastros en diversos índices de libros a lo largo de casi tres siglos. Su repaso nos ha llevado, en el caso más laborioso de este cuarteto, el *Peri hermeneias* de Ammonio publicado por Aldo Manuzio en 1503, desde una memoria de libros hecha en Toledo hacia 1571 hasta un índice de obras impresas de la biblioteca de Isabel II, fechado en 1857. Se trata, digámoslo por última vez, de un ejemplar extraordinario debido a su encuadernación, una rara muestra del contado trabajo del «Segundo Maestro alla vignetta», un artesano que operó en Bolonia, a la luz de la obra que puede atribuírsele, entre 1526 y 1529. Y fue precisamente la singularidad de su labor la que pudo haber decidido que este ejemplar de la edición aldina, que se halló con otro de la misma tirada pero peor vestido en un remate de libros griegos traídos de un convento de Plasencia a la Biblioteca Real en 1739, mereciese quedarse como estaba y, con la advertencia de que era libro duplicado puesta en una de sus tapas, contribuir al honroso aumento de la librería privada de Su Majestad.

## Referencias

- Andrés, Gregorio de (1974). «Historia de un fondo griego de la Biblioteca Nacional de Madrid. Colecciones: Cardenal Mendoza y García de Loaisa». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVII, 1, 5-65.
- (1989). «La colección de códices del Convento de Santo Tomás de Ávila en la Biblioteca Nacional. Su identificación». *Hispania Sacra*, 41, 105-128.
- Castañeda y Alcover, Vicente (1934). «Notas referentes a los precios de las encuadernaciones en España (siglos XVI-XIX)». *Boletín de Bibliotecas y Bibliografía*, I: 2, 157-164.
- Domingo Malvadi, Arantxa (2011). *Bibliofilia humanista en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Juan Páez de Castro*. [Salamanca]; [León]: Ediciones Universidad de Salamanca ; Universidad de León.
- Fernández Pomar, José María (1965). «Los libros y manuscritos procedentes de Plasencia. Historia de una colección». *Hispania Sacra*, 18, 33-102.
- (1967). «Manuscritos del VI condestable de Castilla en la Biblioteca Nacional». *Helmántica*, 55-57, 89-108.
- (1986). «Manuscritos e incunables jurídicos de Santo Tomás de Ávila en la Biblioteca Nacional». *Anuario de Historia del Derecho Español*, LVI, 863-887.
- Graux, Charles (1982). *Los orígenes del fondo griego del Escorial*, edición y traducción por Gregorio de Andrés. Madrid: Fundación Universitaria Española.

- Hobson, Anthony & Quaquarelli, Leonardo (1998). *Legature bolognesi del Rinascimento*. Bologna: Clueb.
- López Rueda, José (1975). *Helenistas españoles del siglo XVI*. Madrid: CSIC.
- López Serrano, Matilde (1937). «La encuadernación en Madrid en la primera mitad del siglo XVIII». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 37, 1-13.
- Pérez Martín, Inmaculada (2011). «El helenismo en la España moderna: libros y manuscritos griegos de Francisco de Mendoza y Bovadilla». *Minerva*, 24, 59-96.
- Rodríguez Pérez, Juan Carlos (2018). «Los caballeros andantes y el preceptor real. Libros de caballería en la biblioteca de García de Loaysa Girón (1534-1599)». *Cuadernos de Historia Moderna*, 43.1, 133-156.
- Zarco Cuevas, Julián (1926): *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial*. Madrid: Imprenta Helénica, 3 vols. [1924-1929].